

Una historia tremenda..., gloriosa y edificante

Después de que en 1541 Jacques Cartier tomara posesión en nombre del rey de Francia de los vastos territorios de Labrador y de las orillas del río San Lorenzo, la colonización de estas tierras (posteriormente llamadas Canadá, tal vez por una palabra indígena) tuvo un impulso decisivo con la fundación de Quebec, llevada a cabo en 1608 por obra de Samuel Champlain, que se convirtió muy pronto en centro lucrativo de pieles. La región estaba habitada originariamente por indígenas hurones, o wyandot, población de lengua y cultura iroquesas situada entre la desembocadura del río San Lorenzo y los lagos Ontario y Hurón.



Para evangelizar el territorio, Champlain había llamado inicialmente a los franciscanos recoletos, que llegaron en dos expediciones posteriores en 1615 y 1622, pero sin el menor resultado. Entonces se invitó a los jesuitas. En junio de 1625 desembarcaron en Quebec cinco padres. Uno de ellos era Juan de Brébeuf, encargado de abrir la misión entre los hurones. Nacido el 25 de marzo de 1593 en Conde-sur-Vire, Normandía, Brébeuf, al terminar sus estudios de filosofía, entró en 1617 en el noviciado jesuita de Rouen, donde llegó a ser profesor en el colegio que la Compañía tenía en la ciudad. Después de su llegada a Quebec, vivió todo un invierno con una tribu algonquina para aprender su lengua y conocer las costumbres de los indígenas de la región. En 1626 fue enviado a la tribu de los hurones, donde permaneció tres años, hasta que fue reclamado a Quebec, asediada por los ingleses. Caída la ciudad, se vio obligado a volver a su patria con los demás franceses. Hasta ocho años más tarde, en 1634, no pudo volver a Canadá y reanudar su actividad entre los indios, fundando, con otros padres y hermanos coadjutores llegados de Francia, las misiones de Ihonatiria, Ossossané y Téanaustaié. El método de Brébeuf consistía en integrarse totalmente en la vida de las tribus, compartiendo en todo la existencia de los hurones. Tras la fuerte resistencia inicial de los indígenas, los padres obtuvieron resultados discretamente alentadores.

Pero la situación cambió profundamente a partir de 1642, cuando la Confederación Iroquesa de las Cinco Naciones, formada por tribus indígenas aliadas de los ingleses, desencadenó la guerra contra la confederación rival de los hurones, sostenida por los franceses. Los hurones, que pertenecían también al mismo pueblo que los iroqueses,

fueron masacrados y sus aldeas sistemáticamente destruidas hasta 1650, cuando prácticamente desapareció aquella población. Los misioneros se negaron a abandonar a los indios, a quienes habían dedicado su vida, y siguieron asistiendo a los moribundos y prisioneros. Ocho jesuitas, capturados durante los asaltos de los iroqueses, fueron martirizados por estos últimos, a menudo con el terrible y lento suplicio del fuego. El primero en dar su vida fue el compañero del P. Isaac Jogues, el hermano coadjutor Renato Goupil, muerto el 29 de septiembre de 1642. Siguió el padre Antonio Daniel (4 de julio de 1648), nacido en Dieppe en 1601, profesor del colegio de Rouen y llegado en 1634; el P. Juan de Brébeuf, quemado vivo entre innumerables tormentos el 16 de marzo de 1649, junto con el hermano coadjutor Gabriel Lalemant. El 18 de octubre murió el padre Isaac Jogues, nacido en Orleans en 1607, también él profesor del colegio de Rouen, llegado a Canadá en 1636, y el día siguiente el hermano coadjutor Juan de Lalande: Jogues fue martirizado en el poblado de Ossernenon (hoy Aurisville, Estados Unidos), el mismo en que, diez años después, nacería la primera beata perteneciente al pueblo de sus asesinos, la iroquesa Catalina Te-kakwitha. El mismo año de 1649 encontraron la muerte los padres Carlos Garnier (7 de diciembre), jesuita de París, que había llegado en 1636 después de terminar los estudios teológicos en el colegio de Clermont, y Natale Chabanel (8 de diciembre), profesor de filosofía del colegio de Toulouse, que vivía con los indios desde 1644.

El ejemplo de estos misioneros parece que provocó un considerable número de conversiones entre los hurones. Los restos de Juan Brébeuf, Carlos Gamier y Gabriel Lalemant fueron en parte recuperados y trasladados a Quebec en 1650. El culto de los ocho mártires se difundió en Canadá y Francia ya durante el s. XVII. Un primer proceso informativo, basado en la convicción de que los mártires habían dado realmente la vida por la causa de la fe, fue iniciado en 1652 por el arzobispo de Rouen, bajo cuya jurisdicción se encontraba entonces aquella región canadiense. Pero hasta el s. XX, por iniciativa de los obispos de Baltimore y Quebec, no fue introducida la causa, que terminó con la beatificación el 21 de junio de 1925. Los ocho mártires del Canadá fueron canonizados el 29 de junio de 1930 por Pío XI. En 1897 fue erigida en su honor una iglesia en Penetanguishene (Ontario, Canadá), mientras en Aurisville, escenario del martirio de Isaac Jogues y de Juan de Lalande, se construyó un pequeño oratorio dedicado a Nuestra Señora de los Mártires. *(Texto de D. Tuniz)*

